



Crisis económicas

Javier Fernández Aguado,

Socio Director de Mindvalue. Miembro de Top Ten Management Spain (www.toptenms.com).
Director del Área de Liderazgo empresarial y Deontología profesional en el IEB.

Las crisis económicas fueron sucediéndose a lo largo de la historia del Imperio Romano. Algunas fueron debidas a las guerras que sobrevenían de continuo y que reclamaban unas suculentas y sempiternas fuentes de financiación; otras, por la pérdida del sentido común de los máximos dirigentes, que pretendían vivir muy por encima de las posibilidades. ¿Cómo no recordar los comportamientos histriónicos de Nerón, Calígula o del mismísimo Julio César?

La transición de César Augusto Octavio a Tiberio estuvo marcada, entre el año 9 y el año 17, por una recesión explicable por la desproporcionada expansión económica promovida -o al menos consentida- por el primero a causa de la llegada de capitales desde Egipto. Tiberio tendría, al menos en los comienzos de su mandato, el sentido común de reajustar la situación. Entonces -y ahora- financiar el largo con deuda a corto resulta una locura por la que pronto hay que responder.

En el siglo III tuvo lugar otra profunda crisis. Durante el gobierno de Publio Licinio Ignatio Galieno, la moneda -el denario- no llegaría a sobrepasar el cinco por ciento de su valor nominal. El historiador Henry Moss ha descrito así la situación que existía antes del comienzo de la crisis: “Sobre estas carreteras circulaba un tráfico

que se incrementaba de continuo. No sólo de tropas y funcionarios, sino de comerciantes, mercancías y turistas. Se desarrolló rápidamente un intercambio de artículos entre las diversas provincias, que pronto alcanzó una escala sin precedente histórico, y que no se repitió hasta hace pocos siglos. Metales de las minas de las altiplanicies de Europa occidental, pieles, lanas y ganado de los distritos pastoriles de Britania, Hispania y las costas del mar Negro, vino y aceite de Provenza y Aquitania, madera, brea y cera del sur de Rusia y el norte de Anatolia, frutos secos de Siria, mármol de las costas del Egeo y -lo más importante- grano de los distritos donde se cultivaba trigo en el norte de África, Egipto y el valle del Danubio para las necesidades de las grandes ciudades; todas estas mercancías, bajo la influencia de un sistema altamente organizado de transporte y comercialización, se movían libremente de un extremo a otro del Imperio”.

Toda economía necesita motores. Uno de ellos en la época romana era precisamente el comercio. Desafortunadamente, el intercambio comercial se vino abajo. La seguridad en el transporte había disminuido. La situación fue complicándose también por la galopante inflación. Como el dinero es cobarde, los inversores, que en aquella época eran esencialmente terratenientes, decidieron orientarse hacia el intercambio espacialmente cercano. En un intento de autarquía, se centraron en la elaboración de productos localmente. No pocos habitantes de la urbe, junto a pequeños agricultores, se vieron

Las crisis económicas fueron sucediéndose a lo largo de la historia del Imperio Romano: algunas, debidas a las necesidades de financiar las sucesivas guerras, y otras, por la pérdida del sentido común de los máximos dirigentes)

forzados a renunciar a derechos básicos para buscar protección de los latifundistas. Algunos han querido ver en estas transformaciones los orígenes de la institución que siglos después -en la Edad Media- vendría a denominarse siervos de la gleba. Paralelamente, el rechazo a la recaudación de impuestos complicó la situación de la hacienda pública imperial.

Los problemas, como casi siempre, tenían diversas causas. Junto a la ya mencionada, el crecimiento desproporcionado del ejército y el haberles duplicado la paga (en época de los Severos) obligaba a los nuevos emperadores a reunir de forma rápida medios para pagar el “bono” que se entregaba a las tropas nada más acceder al poder. La forma más fácil de seguir haciéndolo consistió en reducir la cantidad de plata en las monedas y sustituirla por metales menos valiosos.

Como efecto se produjo una inflación desbocada. A la llegada de Diocleciano la moneda casi se había colapsado. Bastantes impuestos se recaudaban en especie; los valores eran con frecuencia nominales en las monedas elaboradas con bronce. Los supuestos importes reales continuaron figurando en las de oro; pero el denario, la de plata empleada durante tres siglos, desapareció. El comercio se transformó por doquier en mero trueque.

Los intentos de frenar la inflación fueron numerosos. Así, en el 215, Caracalla había puesto en circulación el *antoninianus*, moneda de plata que por un tiempo cumplió el objetivo. Con todo, al dispararse de nuevo los precios, esa política económica se volvió contra el propósito original, pues el *antoninianus* fue perdiendo peso y su valor se depreció de forma imparable.

Como casi siempre, los problemas económico financieros nunca aparecen solos ni de repente. En realidad, toda la situación se complicó de forma abrupta en el 235, con el asesinato de Alejandro Severo por parte de sus soldados. Contaba con 27 años, pero las legiones habían sido derrotadas en la campaña contra la Persia sasánida.

Trece años después, el imperio se dividió en tres partes que competían entre sí. En el fondo de la recesión económica brevemente descrita se encontraba, como casi siempre, una crisis de valores. O dicho de otro modo, Roma precisaba recuperar el alma que le había permitido subsistir durante tanto tiempo. Como ahora...)



En el fondo de la recesión económica romana se encontraba una crisis de valores: Roma precisaba recuperar el alma que le había permitido subsistir durante tanto tiempo)



Javier Fernández Aguado.